

**La vida amorosa de Telonius Monk**  
**(y otras historias mínimas)**

Pablo Silva Olazábal

a Fernando Olazábal,

el tío Pocho, cultor de enciclopedias de datos inútiles

que nos enseñan que ningún dato es inútil.

*El jazz ve cosas  
saca cosas  
de la gente que la pintura  
y la literatura  
no ven.*

Thelonious Monk

## | El grito

La piedra es plana, porosa, mediana, con cierta redondez que la hace parecer trabajada por algo más que el mar o el tiempo; podría haber sido hecha por manos artesanales de un tiempo inmemorial. Es muy porosa, parece un huevo aplastado y deja un polvillo muy tenue entre los dedos, que da la sensación de que algo del polvo que anida en sus cráteres microscópicos quedara pegado en las yemas. La toco, la sostengo, la mido, ahora se me ocurre que si fuera un poco más pesada y más esférica tendría el tamaño ideal para una boleadora. Claro que necesitaría otra similar para completarla. (O dos, si la boleadora fuera de las llamadas “tres marías”, donde la tercera, la del medio, está atada con un tiento mucho más corto). Sí, ahora la veo bien, tiene el mismo aspecto de las armas vistas en los museos indígenas y gauchescos. Qué poco poético, o mejor qué terrible ser un arma mortal destinada a quebrar piernas, o patas, o a enroscarse en la garganta de algún cristiano y golpearlo en la frente con un chasquido seco de melón maduro; ver esa frente manchada, con el vacío abriéndose paso en los ojos incrédulos y la boca exclamando un grito que jamás será oído, con los brazos abiertos en el gesto final de atrapar el aire viciado de pólvora, atravesado por alaridos en un combate a cielo abierto hace ya más de

cien años, mientras el desvanecimiento comienza a aflojarte las rodillas, que se te doblan y caen contra el suelo verde, acolchonado, y la conciencia se licúa y huye por ese agujero negro que todo lo traga y que nunca se sabrá bien por dónde desagota o hacia dónde va. No se sabrá nunca.

## | La vida amorosa de Telonius Monk

Empecé a escribir la vida amorosa de Telonius Monk el mismo día que mi mujer me abandonó. En realidad, no había acabado de decir la frase “querida, he decidido escribir la vida de Telonius Monk” cuando el portazo dejó temblando el aire de la entrada y la cortina azul del ventanal. Aunque en ese momento no lo supe, la imagen de la maleta beige desapareciendo tras la puerta significaba el fin de nuestro matrimonio. Fue necesario que transcurriera un largo rato antes de que pensara seriamente en la posibilidad de que ella no regresara nunca, de verdad. Una angustia amarga y cenicienta comenzó a crecerme adentro; caí derrumbado sobre el sofá y la tristeza se me fue espesando, desde los talones a la frente, hasta atenazarme todo el cuerpo. Sentado en una postura rara, como encallado entre los almohadones de cuero corrugado, sentí cómo se agigantaba dentro de mí la espantosa idea de que ella se había ido para siempre.

El silencio de la casa se llenó de impurezas. Respiré con dificultad y, con la vista fija al frente, apoyé la barbilla sobre los pulgares; poco a poco todos los muebles de la sala comenzaron a disolverse: el ancho televisor negro, el antiguo perchero, los cuadritos con las

reproducciones de Renoir, las flores secas del jarrón, y la cortina azul del ventanal y luego el propio ventanal incluido todo lo que se veía a través de él: la calle con sus canteros verdes y sus arbolitos escuálidos rodeados por palitos blancos unidos por un hilo bajo un cielo celeste sin nubes por donde declinaba la tarde que, lenta, hacía huir la luz rumbo al poniente de aquel barrio perfecto donde habíamos hallado con Felicia la casa perfecta que ella había decorado en perfecta medida. Lentamente todo se llenó de contornos oblicuos hasta que se borró. Lloraba en silencio. Un rato después supe por qué: algo se había roto y no sabía qué hacer con los pedazos.

## | El diente de la abuela

Mi nombre es Danny Habse y vivo aquí, en un pueblito apartado, cerca de la ciudad de Palencia, en España. Soy de origen antillano e irlandés por partes iguales, pero en mi sangre se mezclan muchas otras, lo que no tiene nada de malo ni de bueno. Mis abuelos eran un misterio, pero más lo era mi bisabuela, porque era hija de esclavos. En voz baja algunos decían que había sido bruja. Por supuesto que mis abuelos y padres siempre lo negaron, pero tanto énfasis acabó por resultarme un poco sospechoso. Era negra retinta y la recuerdo hecha una pasa diminuta y encogida por el peso de más de cien años – algunos hablaban de ciento veinte– sentada en el rincón de una cocina llena de humo, junto a las paredes ennegrecidas de un antiguo casco de estancia donde íbamos a pasar las vacaciones. No decía nada, se limitaba sólo a mirarme fijo con un fulgor asesino en los ojos. Yo era muy chico y le aguantaba la mirada todo lo que podía, que no era mucho, así que muy pronto, mucho antes de lo que preferiría confesar, salía corriendo y gritando de miedo por el pasillo. Pero era inútil, era imposible escapar de su risa, una risa ajada que sonaba como cáscaras de maní pisadas lentamente por una bota de goma. Era como un gorgojo seco, casi una tos, pero tenía la fuerza suficiente para elevarse

por toda la casa en ecos ininterrumpidos y acezantes como el golpe de las ramas cuando hay tormenta. Era una risa demencial y contagiosa que nadie hubiera imaginado que pudiera salir con tanta energía de aquel cuerpito tan esmirriado, con aquella cara tan reseca y empequeñecida. Pero, aparentemente sin esfuerzo, lo lograba; aquella boca pastosa, de lengua dura y castigada como un cuero viejo y coronada por un único diente, emitía un sonido chillón y cascado que me perseguía por toda la casa. Sin embargo bastaba ver sus ojos para saber que sólo una persona como ella podría reírse de ese modo.

Nunca supe si era mala, venenosa o simplemente una excelente bromista. No me gustó nunca y nunca pude llegar a conocerla en profundidad porque murió cuando yo cumplí nueve, pero jamás me ha abandonado. Siempre me acompaña y la tengo conmigo muy cerca. Ahora mismo, mientras escribo estas líneas que son sólo para mí, puedo verla junto al bolígrafo que traza estas palabras, en el anillo de oro que me regaló mi padre donde, con estrías cada vez más oscuras, está incrustado su único diente.



## | Cápsula

Es cuadrado y fino como una caja de fósforos, pero no es liso en todas sus caras, al menos no en las más grandes. Tampoco es rugoso en sus lados más estrechos. Si fuera una caja de fósforos debería tener por lo menos una cara lateral, alargada y fina que fuera rugosa, una superficie con arena pegada o algo así que permitiera la fricción necesaria para encender la llama. No sé si dije que una de las caras mayores tiene algo liso pegado, es semiesférico y en relieve, como si le hubieran adherido un caparazón de tortuga marina pero una tortuga minúscula, no más grande que la superficie de un dedo pulgar. Podría decirse que es liso y redondeado como un molusco y debe medir a lo más cuatro centímetros, es muy chico, aunque también hay que decir que nunca he sido bueno para calcular ninguna clase de medida. Mover la cajita produce un ruido áspero y rítmico, como si estuviera llena de piedritas o de granos gruesos de arena endurecida. Ignoro su función; sé que debe esconder algo adentro porque está claro que la caparazón externa es un adorno, un ornamento que significa que lo que está allí es muy apreciado por alguien. Me pregunto por quién y sobre todo para qué. No es fácil imaginarlo. El ruido de piedritas resulta, al menos lejanamente, parecido al de una maraca diminuta; la cantidad de granos

o semillas es considerable. El caparazón, que yo imagino pintado como si fuera un pequeño escudo de armas, también oculta un significado valioso. Que esté pegado en una de las caras lo convierte en una suerte de blasón que remite a algo esotérico, furtivo, velado, algo así como el polvillo necesario para hacer un hechizo o desatar un embrujo. O tal vez no, tal vez se trate de otra clase de sustancias más terrenales. Me refiero a un poderoso alucinógeno –cuyos envases suelen decorarse con frecuencia con jeroglíficos o con motivos africanos, mayas o sumerios–; estoy pensando en una sustancia que al consumirla – imagino esnifándola, o diluyéndola en una bebida– permita abrir umbrales inexplorados del cerebro que posibiliten a la mente reconstruir, sin necesidad de la vista, sólo tocando, la función exacta y la apariencia concreta de este misterioso objeto que, en esta habitación a oscuras, tengo entre mis manos.

## | La batalla

La batalla comenzó con un estornudo: el de Emiliano Gutiérrez Nabilia de Ordaz y Roico, natural de Moranca de Fez, fuero de Lasburgo, condado de Tréveris, por aquel entonces un mozalbete de poco más de quince años que había quedado propenso en virtud de un mal contraído tras un intenso comercio carnal practicado con Carmen Xátiva, una montañesa acusada en su remota aldea de blasfemia y meretricio continuado, que apareció en nuestras tierras al final de un periplo agotador y complicado que inició al abandonar a su seis vástagos a la buena de Dios; esos niños se criaron solos dentro de los estrechos límites de la Sierra de Cásmago Vey, en una aldea cuyo nombre original nadie recuerda pero que de un tiempo a esta parte ha sido conocida como Collado de la Piedra Verde, o de la Piedra Alta, en realidad algo menos que un mísero caserío de fincas rudimentarias, mal hechas y peor presentadas, con haciendas consumidas por animales flacos y habitada por gentes de poca altura, pelo grueso y tendencia a la melancolía; una villa como hay muchas en los campos del Señor y de la que nadie jamás pudo decir nada bueno excepto, claro está, que de allí salió el remoto origen del comienzo de la batalla.

## | Cerca del cerro Cementerio

### I

Es una carrera enloquecida, sin pausa; la mujer va trastabillando cada dos o tres pasos pero sin caerse nunca, apenas sostenida por el mismo impulso que la lleva a correr, salvada por las mismas ganas o mejor dicho la misma urgencia que la obliga a huir y arañarse con las ramas del bosque dando pasos amortiguados por la hojarasca que acolchona el suelo. Va con los brazos rayados por múltiples tajos que replican laceraciones y heridas que le mojan la frente, acuchillada por las espinas más finas de las ramas bajas, jadeante como un perro, como si necesitara sudar por la boca como sudan los perros, con los ojos inexorablemente abiertos pero sin ver más que su propio terror, urgida por el acoso incesante de seres oscuros, emboscados en la sombra cerrada de árboles centenarios y matorrales espesos, a muy pocos pasos de la ruta 26, cerca del cerro Cementerio, a tres kilómetros de Valle Edén y a más de veinte de Tacuarembó.

## II

Con los pelos desgredados, la cara llena de arañazos y los pulmones a punto de estallar, Alicia sintió en la nuca el frío que le ascendía por la espalda y tropezándose por última vez con una raíz de eucalipto, cayó de bruces sobre el suelo oscuro. La cara quedó de perfil, aplastada contra la hojarasca y los ojos duros, sin ver, exactamente igual a como la encontraron dos días más tarde el oficial Diego Goñi y el cabo Álvarez, quienes observaron con asombro que no había sido mordida por ningún animal.

–Tiene la cara y las manos limpietas –dijo Goñi.

Era –pero esto no lo dijeron sino más bien que lo pensaron– como si durante todo ese tiempo algo hubiera tenido a raya a las alimañas o directamente les hubiera prohibido tocarla después de la muerte.

## | El tigre y su momento

Brilla el día en el campo, brilla verde con un viento manso que hace oscilar los pastos. A lo lejos se recorta la silueta de un árbol, tal vez un ombú pesado y extraño y junto a él, el inevitable arroyo. Me demoro en la vista del hilo de agua y me recuesto en el tronco. Estamos felices de estar allí, con los dedos entrelazados, arrullados por la corriente. Es un momento silencioso y especial, cercano y lejano a la vez, donde cada uno siente la respiración del otro como si fuera la propia. Durante un momento permanecemos embebidos en la sustancia dulce que flota en el aire. Esta sensación única e irrepetible parece eterna pero enseguida da paso, casi de forma natural, a una visión terrible. Ella es la primera en sentirla: de la nada surge el oscuro tigre del Tiempo –un feroz tigre de dientes curvos– y devora de un salto la escena para sumirla en la masa oscura y espesa del Olvido. Un breve temblor le eriza la nuca y la oigo murmurar:

–Todo tiene fin y esto también va a terminar.

Baja la cabeza:

–Creceremos y no nos veremos más.

Y luego piensa: “El tigre habrá vencido”.

No dice nada, sólo aprieta mi mano y ladea la cara mostrando su perfil más transparente. Después cierra los ojos e imperceptiblemente acerca la cara para que pueda hacer justo lo que quiero hacer en este momento: darle un beso.

## | El pie que emerge en la penumbra

Los pies tapados forman un pico al final de la cama. Son de un señor; supongo que está durmiendo, a no ser que esté muerto. Trato de no salir del rincón, aunque la poca luz que atraviesa las cortinas y hace amarillear la penumbra no me deja ver mucho. No sé qué hago acá, en este lugarcito, agobiada por el calor espeso que hay en la siesta. De pronto los pies se mueven y el pico se desarma y la manta se corre. Aparece un dedo gordito, con la uña un poco larga y se asoma al borde de la cama. Está a punto de caer por el precipicio pero el señor respira hondo y lanza un bufido, como si se desinflara de tristeza, y eso frena todo. No es alguien muy gordo, al menos no es todo lo que una esperaría ver en una situación como esta –que no sé muy bien cuál es.

–¡No jodas a la abuela! –susurra en un grito mi madre y me hace saltar del susto.

Intenta tirarme de las orejas pero me agacho, la esquivo y salgo corriendo. Soy muy rápida.

Abro la puerta cancel y salgo. Afuera el sol está más agobiante que nunca. Espero.



Al rato sale mamá con la bolsa de los mandados, cierra la puerta con llave y aprovecha que estoy distraída para agarrarme del brazo. Me arrastra sin decir nada, sé que está furiosa y yo no me quejo. Quiere que la acompañe al almacén. En el camino repite lo mismo de siempre:

–Qué chiquilina, siempre inventando cualquier cosa.

## | A campo abierto

En el pasto mojado de la madrugada la madre arrastra a los niños que, a cada lado y sin entender nada, se resisten a caminar tan rápido.

Cada tanto la madre –la frente empapada, la mandíbula dura, el pelo pegado a las sienes y los brazos tensos y fuertes, repite:

–Caminen, carajo, caminen.

La niña aguanta todo lo que puede hasta que empieza a llorar débilmente. No es que le apriete demasiado la mano, no; se trata de un dolor interior, provocado por un solo pensamiento, “mamá está loca”. Ese desasosiego la invade como una ráfaga y le acorrala el cuerpo a cada tirón. Y todas las veces confirma lo mismo: “está loca”.

Agobiado por la responsabilidad de ser dos años mayor, el hermano trata de entender.

–¿Quiénes son, mamá? – pregunta y gira la cabeza sin ver a nadie.

Por toda respuesta la madre pisa más fuerte, hunde los zapatos en la gramilla mojada y bajo el arco anaranjado del cielo da un tirón más fuerte a las manitos que aprieta mientras vuelve a decir entre dientes:

-Caminen, carajo, caminen por el amor de Dios.

## | Un molusco en el árbol

*a la vida amorosa de Telonius Monk*

“Imagino al verlo un hueco en un árbol añoso, lleno de moluscos bivalvos que, oscuros y portentosos, laten al unísono como si el árbol respirara. O un corazón amorfo, incrustado en el centro del tronco por una bruja que recién lo arrancó de un pobre huerfanito que yace sobre su charco de sangre. O un ojo ciego y parpadeante, como una carnosidad en la cara de un cíclope tuerto que...”

–¡Basta! ¡Terminala de una vez con tanta literatura! – la voz suena dura y tajante, llena de un hastío que excluye cualquier humor en sus palabras.

–Lo que acabás de ver o imaginar es la proyección de tus efectos – remata con gran seguridad.

El dueño de la voz, un hombre grueso, calvo y de lentes, calla por un instante y se queda observándome con orgullo y satisfacción mientras se toca las yemas de los dedos como si hubiera enunciado el Teorema de Arquímedes en ruso medieval. Lo veo tan pagado de sí mismo que

no se me ocurre preguntar qué cornos hace en el patio de mi casa, bajo el umbral de la puerta del estudio.

–¿Mis efectos? ¿Qué es eso? –pregunto–¿No serán mis afectos?

(Pienso que tal vez es disléxico y no lo sabe).

–No te hagas el vivo –dice– oíste bien, tus efectos. Es un término que no suele utilizarse en este sentido, pero si lo pensás bien vas a ver que tiene mucho ídem.

–¿Ídem? ¿Mucho qué?

–Ehem, sentido. Es que no me gusta repetirme.

–No entiendo, pero la verdad es que en algo tenés razón: el ojo oscuro del molusco en el árbol estaba en un cuento que escribí hace mucho y que nunca terminé porque me parecía demasiado literario. Aunque, la verdad sea dicha, nunca supe cómo seguirlo.

–¿No sabés cómo terminaba?

–No, no es eso, es algo más difícil de explicar, lo escribí de un tirón, llegué con tanta facilidad hasta las sesenta páginas que pensé que podía tener entre mis manos una buena novela, pero a los dos días se trancó y no supe cómo seguirla. Entonces hice lo lógico: me puse a corregir y la bajé a quince páginas. Por lo menos quedó un lindo cuento.

–¿Y entonces?

–Nada, que al poco tiempo volví a leerlo y vi que no cerraba bien. No había caso, así que lo recorté a nueve páginas y entonces sí me di por satisfecho.

–Bueno, no está mal. Por algo dice el refrán “bien está lo que bien acaba” o algo así.

–Pero la cosa no termina ahí. Luego de unos meses volví a leerlo y vi que era espantoso. Así que lo bajé a tres páginas. Quedó con un final abierto que me pareció más aceptable, aunque no sé muy bien por qué. El caso es que lo di por terminado. Pero después se me ocurrió pasárselo a un amigo escritor para que opinara. Me lo devolvió con un elogio sorprendente: “Es lo mejor que has escrito”.

–Caramba. Eso es algo. Más que algo, diría que está muy pero que muy bien ¿no?

–Pensé lo mismo hasta que agregé: “me refiero, claro, a la primera página y media”.

–Pero che... –el hombre dejó caer los brazos y sus manos palmotearon los muslos con el vivo sonido de la frustración– ¿Y? ¿Qué hiciste?

–Naturalmente me negué a seguir recortándolo. Pero pasado el tiempo volví a leerlo y vi que el muy hijo de puta tenía razón. Increíble. Así que lo dejé en una página y media.

–Bueno... –titubeó el hombre tras los gruesos lentes– no sé qué decir...

–Lo del ojo del molusco en medio del agujero del tronco figuraba en el cuento, pero al principio. Creo que voló al segundo o tercer recorte. Ya ni me acuerdo en qué página estaba. Lo que sé es que no sobrevivió.

–Bueno –dijo el hombre– tendrías que ver por qué lo eliminaste. Qué te estaba queriendo decir eso que ahora vuelve de improviso, como si fuera un bloque literario. Algo hay ahí que puede ser muy importante.

–Puede ser –admití– pero ¿qué podría ser?

–¡Y yo qué carajo sé!

A continuación giró y se fue caminando hasta el alambrado que separa el fondo de mi casa de un gran baldío. Pisó el último alambre hasta bajarlo, revoleó la pierna izquierda y lo cruzó sin problemas. Lo vi alejarse con las manos agarradas en la espalda, lo más campante, caminando a grandes zancadas, como un personaje de película muda.

## | Una cuna importante

De chico siempre me han dicho que si se miran bien las manchas de la luna se ve la escena del pesebre. José, la cuna y junto a ella, María arrodillada. Pero lo que vi aquella vez en medio del campo no tiene punto de comparación. Abridada y formada por miles de estrellas, había en el cielo una gran cuna. Se veía nítida, a través de las galaxias. Sin ninguna base científica calculé que la parte superior, la capelina, mediría unos diecisiete millones de kilómetros y el perfil del bebé que asomaba en ella, unos seis o siete millones. La profundidad era sencillamente espantosa. ¿De qué raza, o qué especie de monstruo galáctico sería aquel gigantesco bebé?

Nunca lo sabré, o mejor dicho nunca lo sabremos, porque mientras pensaba esto la cuna implosionó y ante mi mirada de asombro el polvo mineral comenzó a expandirse en el vacío sin límite del Universo.

## | Las trampas del sí mismo

Cacé la mochila y salí de casa rápido, levemente horrorizado porque, inexorable, el reloj volvía a señalar como casi todos los días las tres y cuarto de la tarde. “Siempre lo mismo” pensé tratando de evitar el cálculo de cuántas veces me he repetido lo mismo en situaciones similares. No soy bueno para esta clase de sumas pero deben superar las mil. Lo que más me molesta es que sé cómo soy y por eso tomo mis precauciones: preparo todo con mucha antelación para salir bien temprano. Pero esta desconfianza en mí mismo es, precisamente, la que me hace tropezar con la misma piedra ¿No está escrito que la confianza mató al gato? A mí me pasa al revés: la preparación meticulosa y con tiempo de sobra hace que, poco a poco, vaya aflojando mi estado de alerta general y empiece a hacer fruslerías inimaginables como fijarme en el teléfono, buscar un libro que no necesito, abrir una revista al azar o ver si las plantas necesitan agua; todos actos con un carácter mínimo e insignificante que acostumbro a realizar con tranquilidad y buena conciencia, casi diría con alegría, y sobre todo con la satisfacción nacida directamente de la seguridad de que puedo darme el lujo de hacer esas cosas nimias porque tengo todo dispuesto para salir. Soy tan inteligente y me conozco tan bien que



incluso puedo darme el lujo de perder algunos minutos haciendo esto que... Generalmente cuando llego a este pensamiento miro el reloj y exclamo:

–¡No lo puedo creer!

No hay caso: he vuelto a caer en la enésima trampa tendida por mí mismo. Así que rápidamente me salteo todas las recriminaciones y evito, o al menos le bajo el volumen a la catarata de razonamientos que se desencadenan en una secuencia lógica y terrible que siempre es la misma. Entonces lanzo el grito mental que siempre me salva: “¡Ojalá que no haya pasado el ómnibus!” y al mismo tiempo salgo corriendo.

Este grito es como un mantra: a la segunda o tercera vez que lo pienso el resto del mundo desaparece. Camino muy rápido, casi corro, porque aunque no sé los horarios de los ómnibus tengo una fe ciega en que si voy más rápido de lo habitual llegaré a la esquina en el preciso instante en que el último pasajero pise el último escalón del ómnibus mientras las puertas se van cerrando con ese designio inexorable que es un desinifle de desprecio (siempre parece que se están desinflando) de manera que las hojas retráctiles lentamente se van estirando para que la imagen de un tipo corriendo –yo– se refleje apenas en la superficie polvorienta de los vidrios. Por eso ahora estoy corriendo, corro con el sol de frente y un calor que va naciéndome en la espalda y

sobre todo quema debajo de los brazos. Pero sé que todo esto es circunstancial porque llegaré a tiempo e incluso tendré que esperar en la parada como cualquier hijo de vecino. Hasta me imagino haciendo la clásica pregunta de “Disculpe, ¿No sabe si ya pasó?”. Y ese alguien, seguramente con educación, contestará “No, pero mire que yo recién llegué”.

Allá voy, corriendo hacia la esquina en un estado cercano al jadeo y tal como he previsto, cuando la doblo puedo ver que la suerte está conmigo: la parada está llena de gente. Siete u ocho personas dispuestas en lugares separados, lo más alejados unos de otros, tratando de mediante tácticas burdas no cruzar la mirada con alguien. No sé por qué ahora recuerdo el afiche de aquella película argentina, Hombre mirando al sudeste, pero desecho la imagen por impertinente.

–Buenas –digo– ¿No sabe si están pasando los ómnibus?

La pregunta sorprende al señor tanto como a mí: pensé que iba a preguntar otra cosa pero a estas alturas uno no puede estar seguro de todo lo que pasa por su mente después de correr tanto. El hombre, bajo y de cejas pobladas, un poco calvo y con esa fortaleza curtida que tienen los albañiles o algunos gallegos dueños de bar, me mira sin comprender del todo lo que acabo de preguntar.

–Recién pasó el 148 ¿Por qué, pasó algo?

Por una fracción de segundo estoy a punto de apoyar mi pregunta diciendo que estalló una de las calderas del Sanatorio Casa de Galicia, o que mataron a otro taxista o que estaba anunciado un paro sorpresivo de los obreros del volante pero me contengo y digo:

–No, preguntaba nomás.

Miro el reloj. El señor vuelve a sus asuntos y ubica la mirada en el punto de vista remoto que le corresponde. Imagino que debe estar pensando algo así como “Mirá que hay algunos pelotudos que...” y desecho el pensamiento. El sol cae fuerte sobre mi cabeza; trato de guarecerme en la escasa sombra que proyecta el techo de la parada mientras pienso: “Medio justo, pero sí, voy a llegar”.

## | Instante

La pared se agrandó a una velocidad increíble, incomunicable; sentí su resistencia contra la nariz, que se quebró en el mismo instante en que todo se volvió negro. No sé si fue entonces pero pude sentir la consistencia y hasta el olor de la cal mezclada con arena; fue a través de los efluvios acuosos y borbotantes de un líquido que se esparcía sobre la superficie rugosa y compacta. Durante esa fracción de segundo cara y cuerpo se adaptaron a esa extensión chata y maciza. Tan rápido fue todo, y tan corta la distancia que me separaba del paredón, que no pude distinguir de qué color era. En realidad no sabría decir si aquello fue una pared o se trataba del suelo. Eso sí, no hubo dolor.

## | Reloj de arena

Estaba oscuro, pero estaba claro que aquello era un corredor lleno de relojes. Di unos pasos vacilantes mientras miraba a izquierda y derecha, sin asombro pero con curiosidad. Había relojes de pared, varios completamente de cristal (se les veía claramente la delicada maquinaria trabajando en la burbuja de vidrio), había de aluminio y también de plástico, de colores vivos e infantiles, con agujas serpenteantes, recién salidas de un dibujo animado, como gusanitos verdes; había relojes de pie que se alzaban como torres y que cada tanto abrían sus tapitas para que salieran búhos serios o gorriones de trino alegre; había relojes de péndulo, con discos dorados que subían y bajaban a un ritmo hipnótico; había un sinnúmero de relojes que no puedo recordar, eran de toda clase y color, pero el que más me llamó la atención fue uno de arena, mejor dicho, uno que estaba enterrado en la arena, a la orilla del mar. Lo vi al abrir la puerta del fondo: una luz increíble iluminó todo el corredor y el aire salado me dio en todo el pecho. El rugido del mar confirmó lo que podía abarcar con la vista: a cincuenta metros había una inmensa playa vacía. Dejé la puerta abierta y pisé la arena. A los dos o tres pasos me saqué los zapatos y enseguida las medias; los dejé agrupados en un montoncito y sentí

cómo los dedos de los pies se llenaban de granos gruesos y húmedos. Era una playa de un marrón oscuro, de arena sucia que se metía por todas partes. Caminé hasta la orilla y hundí el pie en la arena fría. Había miles de cáscaras negras, restos de mejillones, junto a largos fragmentos verdes y muchas piedritas brillantes de todos los colores, cada una mecida por el vaivén de olitas que ennegrecían aún más el suelo de la orilla. Pisé el agua con cuidado, estaba muy fría: aquella no era una playa para bañarse, además de sucia, se sentía inhóspita. Miré los miles de restos que coloreaban la orilla: cientos de años atrás habían sido piedras o caparzones de quién sabe qué moluscos (tal vez patas de cangrejos...). Todo había sido molido en una melaza que iba y venía bajo un ritmo suave y pausado, tiránicamente pausado, marcado por el embate de millones de olas a lo largo de miles de años: una máquina de triturar armada exclusivamente de paciencia y repetición.

De pronto un brillo me obligó a parar. Me agaché. Semienterrado en la arena, un reloj de bolsillo, de un metal platinado sin marcas de herrumbre. Lo saqué y le quité la arena mojada que lo oscurecía. La aguja del segundero seguía moviéndose con una constancia asombrosa. Lo acerqué al oído. Todo indicaba que seguía funcionando. Lo froté contra mi camisa y quedó como nuevo. Sonreí, sólo le faltaba

la cadena. Sin forzarlo giré la manecilla y di cuerda con mucha delicadeza. De pronto me di cuenta de que tenía dos esferas con varias agujas incrustadas. No era un reloj sino una brújula. Un aparato que podía servir para orientarme en aquella playa desierta, de orillas breves y sucias, en un tiempo tan interminable como oscuro.

## | En bajada

Son cuatro escaleras muy bellas, de mármol blanquísimo, poroso, como de algodón azucarado. Son firmes y sólidas pero a la vez tienen una porosidad combinada con un levísimo sonrosado. Son de esa clase de mármoles que ostentan una condición sacra. Sin embargo lo más raro es el diseño, las cuatro están dispuestas en cruz y coinciden allá abajo en un mismo rellano. Las observo y estudio desde lo alto y enseguida me doy cuenta de que para bajar lo más rápido posible tengo que deslizarme por la banquina –o como se llame ese costado liso que hay entre los pasamanos y los escalones. Así que eso hago, pego un salto y me deslizo como si surfeara por la banquina pero de inmediato noto que el mármol lustroso tiene un efecto inesperado: en un plano tan inclinado como aquel la velocidad aumenta de modo impresionante. El miedo a estrellarme me invade como una ráfaga pero me contengo y lo combato haciendo como los esquiadores: flexiono las rodillas y bajo el cuerpo. Así voy mucho mejor, pero ni el miedo ni la velocidad disminuyen un ápice. De pronto se me ocurre que si salto a la banquina del tramo más próximo, el perpendicular a este, podría ir frenando un poco o al menos disminuir la aceleración.



Así que lo hago, salto, y de allí salto al otro, y al otro. La maniobra es difícil pero posible porque las cuatro escaleras convergen y se van acercando conforme avanzo en la bajada. En el rellano ya se ven las cuatro farolas que hay en cada esquina (son metálicas, con un reborde cobrizo, y están sobre columnas negras). Saltar de tramo en tramo empieza a ser fácil, es como volar y eso me evapora el miedo, me siento feliz aunque no ha tenido el efecto dinámico esperado; sin darme cuenta fui acelerándome cada vez más hasta que de un modo brutal e inexorable sé que chocaré contra suelo del rellano y todo será blanquísimo. Y entonces

## | Una historia de amor

Un viento de desamparo movió los flecos de la bandera que se pudría en uno de los tres mástiles de la plaza. No se veía a nadie en muchos metros a la redonda. Miré la estela, una suerte de monolito plano y alto que me llegaba al pecho, de color rugoso y colorado, donde una fina placa de bronce decía: “Recuerdos del Futuro. Cápsula temporal destinada a las nuevas generaciones”. Debajo y borroso, el nombre del pueblo, y un poco más abajo la fecha y el nombre del alcalde (¿o sería otra autoridad? Un director de enseñanza o tal vez el presidente de la Junta).

La empujé y cedió fácilmente. Quedó inclinada, con un surco debajo, como una herida abierta en el pedregullo rojo.

–Mil años nos contemplan –murmuro con sorna, feliz de mi fino sentido del humor y satisfecho de poder burlarme de la inocencia e improvisación de personas que ya no existían. De inmediato sentí una inmensa rabia al pensar que habían sido burlados por el demagogo de turno, que seguramente habría soltado un discurso enfático y marmóreo para dibujarles un futuro salido de un libro barato de ciencia ficción o tal vez de los ensueños colectivos producidos por decenas de

películas de clase B, que habían sembrado ideas imposibles en las mentes y corazones de aquellos ingenuos habitantes de un pueblo que, por otra parte, era el mío.

–No se les pasó por la cabeza que no quedaría ninguno para contarlo –digo con la amargura de quien se sabe solo mientras, agachándome, comienzo a agrandar el pozo con las manos. Enseguida encontré la caja y la desenterré sin problemas. Estaba amarronada por el óxido y no pesaba nada. Tomé la primera piedra que encontré – grande y roja, de bordes filosos– y la hundí con fuerza. La tapa se abolló al primer golpe; al segundo el cerrojo voló con un chasquido metálico que repercutió en el vacío. Adentro había un par de cartas, una pluma fuente negra con un reborde color cobre y unas fotos desvaídas donde escolares de moña azul saltaban y reían caprichosos frente al fotógrafo municipal.

También había otra más grande, impresa sobre un cartón duro y recuadrado con filetes negros donde un grupo de señoras dispuestas en dos filas –las de adelante sentadas y las de atrás de pie– miraban graves al futuro que presumían venturoso y lleno de tecnologías desconocidas, seguramente esbozadas en alguna serie de dibujos animados. Sin embargo se les notaba la sonrisa en las pupilas, una alegría a duras penas reprimida tras la seriedad imperante. Aquella

compostura era una cáscara que encerraba un brillo de esperanza y expectativa. Imaginé que una de ellas, cualquiera, sería la abuela o la bisabuela de alguien que en ese momento preparaba su desayuno muy lejos, totalmente inconsciente de mi hallazgo, sin sospechar que la última imagen del pueblo y su gente quedaría sumida bajo el polvo de aquel viento de desolación que arrastraba recuerdos de aquí para allá. Arrojé las fotos en la caja y la dejé en el agujero, abiertas al sol y a las lluvias que en un futuro no muy lejano las destruirían por completo.

## | Empujón brutal

Fue tan pesado como rápido; un manotazo blanco, un golpe terrible de oso polar o de hombre de las nieves se descargó con violencia. El refilón brillante hendió el aire frío de las lomas onduladas y blancas. No pude verle la cara; sólo sentí la fuerza, animal pero humanizada, es decir, peluda e instintiva, de músculos fuertes y bestiales terminados en uñas gruesas que cayeron con una fuerza increíble en medio de lo inmensamente helado. “Seguro”, pensé, “que fue un acto de defensa”; se sintió acorralado y no dudó en atacar. Pero fue tan rápido y sísmico y con una furia tan incomprensible y tan cruel que supe, antes de entrar en lo negro, que aquel golpe había sido cantado con otras palabras: “un manotazo duro / un golpe helado / un hachazo invisible y homicida / un empujón brutal te ha derribado.”

## | Tres jotas en la Ciudad Jaguar

*éek' báalam significa 'jaguar negro'*

Tres hombres miran Ek'Balam, la ciudad con nombre de jaguar. El primero se pregunta qué palabra se oculta tras ese animal. Imagina que a través de las manchas de la piel de generaciones de jaguares está escrito nada menos que el Nombre de Dios. Y con eso escribe un cuento.

El segundo hombre reflexiona que así como la noche es el revés del día y el día el envés de la noche, el sueño es la inversión de la vigilia y el futuro, la mitad del pasado. Y con eso escribe un cuento.

El tercero no ve sólo la ciudad sino la gente que vivió en ella hace más de mil años. Y con eso escribe una historia larga y áspera donde los vivos no saben que están muertos.

Son Jorge, Julio y Juan, tres jotas contemplando la ciudad jaguar.

Ninguno sabe que los estamos mirando.

## | La monstruosidad

Tenía los dientes tan agudos que uno de ellos le salía por la cara, por la mejilla derecha, cubierta por una semibarba suave, la pelusa de un verdadero monstruo de frente breve y pelo largo. “¿Por la cara?” La pregunta te recorría el pensamiento y dolía casi tanto como la incomprensión. Pero no había vuelta, era así, la punta de aquel colmillo inexplicable asomaba a través de un delicado agujero en la mejilla. Uno podía sentir en su propia cara lo doloroso de aquel incómodo proceso que había culminado en ese hoyo con punta. Un estiramiento porfiado, un crecimiento imparable e incesante del diente, empujando día y noche la piel hasta desgajarla, una cadena de dolor inimaginable y a la vez muy visual, y sobre todo imposible de disimular, golpeaba al observador con la contundencia de un puñetazo. Aquel sufrimiento constante se proyectaba a través de los ojos inyectados del hombre. Cualquier otro dolor mucho menos intenso podría haber provocado la locura en otra persona.

Aturdido y sin saber qué hacer, apreté el pomo de la puerta semiabierta. El hombre aprovechó la parálisis para avanzar, levemente

arqueado, como si tuviera una pierna más corta, en su ropa desgastada y cruzó el porche. El colmillo le desapareció al hablar. Dijo:

–¿Tiene pan?

No esperaba algo así. Solté la silla que tenía escondida tras la puerta, lista para partírsela en la cara. Hizo un sonido seco al caer contra el piso de la cabaña. El hombre abrió los ojos al oírlo y se le erizó la piel.

Por mi parte sentí el peso del ancla de mis pensamientos y lancé un hondo suspiro, como si algo antiguo me doliera adentro.

–Sí, claro –dije bajando los hombros–. Entre nomás.



## | Desembarco

Vi flamear una bandera hecha jirones y dos escudos brillaron de sangre. Un grito encarnizó la arremetida y una espesa lluvia de flechas, de nuestras flechas, se clavó en la muralla. Un guerrero de barba negra que estaba a mi lado abrió desmesuradamente los ojos pero no gritó: una flecha le atravesó la garganta.

¿Lo lograremos?

La otra lluvia, la del cielo, cayó con rabia sobre todo el ejército. Eran latigazos de agua sobre armaduras, espadas y escudos: todo brilló oscuramente por un instante. Vi botas enterrándose en la arena y un mástil de bandera desaparecer bajo el agua. Un soldado sin espada corrió hacia el mar, huyendo de la muralla ¡maldito! Una flecha se le clavó en la nuca. Nunca olvidaré su mirada.

¿Lo lograremos?

–¡No te detengas! –gritó el gigante pelirrojo al que llamábamos El Armagedón. Un planazo de su espada me resonó en la espalda y lo odié por un instante, pero ni uno más: era alto y poderoso y le decíamos El Armagedón porque allí donde estaba nacía el centro de la batalla y el combate más duro.

–¡Ni un paso atrás, vamos! –bramó inconfundible. Esas palabras quedaron suspendidas bajo el fragor de la lluvia cuando una lanza de doble punta le atravesó armadura, pecho y espalda.

¿Lo lograremos?

Miré hacia el frente; estábamos a menos de cien pies, el viento y la lluvia hacían ver la muralla mucho más alta e inexpugnable de lo que era. El mar rugía como un león enfurecido, recordándonos que su empuje agostaba inexorablemente nuestras últimas chances.

¿Lo lograremos?

Me saqué el casco, me enjuagué el agua de la frente y después miré al cielo. Era una masa oscura, encapotada, de piedra azul y negra. Quise gritar por última vez “¿Lo lograremos?” pero no fue necesario. Por el borde súbitamente plateado de una nube, un rayo mínimo atravesó la masa y voló un pájaro. No necesité más, grité:

¡Lo lograremos!

## | Salida de baño

Le salía humo de la cabeza. Nunca había visto una mujer con humo en la cabeza. Pero no se estaba quemando, estaba recién salida del baño, envuelta en un toallón de rayas azules. Era gorda, de hombros redondos y tenía el pelo tan aplastado que su cráneo me hizo acordar al de los hombres prehistóricos de un álbum de figuritas que nunca pude completar.

–¿Qué hacés acá? ¿Cómo entraste? –rugió desconfiada.

–Me manda el Wilmar –contesté, pero era mentira, yo sólo quería saber si Elisa, la hija o sobrina de aquella gorda, andaba por ahí.

–¿Y quién se cree ese que es para mandarte a entrar a mi casa?! – el rugido fue tan grande que temí que se le cayera el toallón.

–Nno sé... –dije– es el dueño del almacén La Perinola.

–¡Ya sé quién es! ¡Parecés estúpido! Mirá, estoy ocupada así que rajá de acá.

Retrocedí un par de pasos pero no me fui. Algo me retenía en aquel lugar. Increíblemente, viendo esto la gorda, que llamaremos Ana, no se

enojó sino que puso cara de india desorientada. Igual por las dudas me alejé un paso más y me atreví a murmurar:

–Elisa ¿no está?

Entonces arqueó las cejas y se le aflojó la cara; los ojos se le afinaron como dos ranuras antes de que pudiera contestar conteniendo la risa:

–No. Pero si querés le digo que pasaste.

Una pausa grande como un silencio creció en aquel cuarto. Ella la quebró con una pregunta:

–¿Cómo te llamás?

–No... –atiné a decir– ... deje nomás.

Bajé la cabeza y me dirigí rápido hacia la puerta. Pero antes de salir me di media vuelta y grité:

–¡Nicolás!

Afuera el sol quemaba toda la calle. Lo tenía de frente, implacable, pero no me importó.

## | Dama con sombrilla

La dama subió lentamente las escaleras con un paso de minué fatigado, bajo una sombrilla amarillenta que por muy curiosa que fuera carecía del suficiente atractivo como para distraer la atención de la otra mano que, entintada en sangre, empuñaba algo que no se podía distinguir y que dejaba caer cada tanto gotas espesas sobre los peldaños percutidos de la escalera imperial de la plaza Capurro. Algunas gotas no llegaban al suelo: simplemente quedaban enganchadas y corrían irregulares por el campo amarillento de la amplísima falda que, tan ignorante como su dueña, se movía rítmicamente a su paso bajo el sol del atardecer.

La miré desde lo alto sin poder creer en aquella imagen, sobre todo en la inverosímil sombrilla, sujetada con una firmeza que sólo podía haber aprendido de su madre o de su abuela. Era claro que no estaba en sus cabales, pero eso no era lo más importante. Aquella ascensión, pautada por un ritmo que parecía ejecutarse a la medida, fascinaba por su exactitud teatral. Cada paso, acompañado por el roce de la falda que se abría en cada escalón para volver a cerrarse en el siguiente, cumplía puntualmente con un designio superior que parecía ridiculizado por

aquella sombrilla estrafalaria. Recostado en la baranda exhalé el humo y lo observé intentando descifrar, por las formas de las volutas, cuánto le quedaba al cigarrillo. Es una manía que tengo, igual que definir en qué lugar voy a tirarlo. Examiné el damero de baldosas blancas y negras, apisonadas por el tiempo y elegí una zona distante.

La loca siguió ascendiendo en mi dirección. Me pregunté si no debería apartarme pero no llegué a saberlo; de pronto supe que no se dirigía hacia mí. No, aquella subida estaba destinada a mi recuerdo: quería atravesarlo y quedarse en mi memoria como una espina inexorable. Fue un relámpago de lucidez que no me sirvió para nada, porque cuando lo supe, o mejor dicho cuando lo sentí, continué varado, sin saber qué hacer, fumando contra el borde de la escalera imperial, preguntándome por qué me sucedían a mí cosas como estas, sabiendo de antemano que no hay respuesta posible porque no hay suerte, todo ocurre así, simplemente, porque no hay otra manera.

Antes de que se detuviera frente a mí supe que sus ojos tendrían ese brillo extenuante y aniquilador que consume a los locos por dentro. Igual se detuvo, sonrió, y con una inocente boca abierta extendió la mano ensangrentada y me enseñó la breve masa roja que le latía en la palma. Lo hizo como si eso fuera una explicación, como si ofreciera algo que no era para mí, sino, tal vez, para mi recuerdo. Evité sus ojos y también

la mano; hice lo que cualquier otro hubiera hecho, bajé la cabeza y asentí varias veces, falsamente comprensivo y definitivamente seguro de que la imagen borrosa de aquellos órganos y membranas nunca me dejaría en paz. Cuando percibió mi gesto se sintió aliviada y siguió su camino con la misma serenidad sepulcral y demente.

Sentí un sabor amargo y tiré el cigarrillo asqueado por aquella escena repugnante, tratando de hacerme a la idea de que aquellos restos ya estaban hundidos en lo más oscuro de mí, sabiendo –porque en ese momento lo supe– que no hacía mucho, tal vez media hora, habían sabido moverse y correr unidos bajo un nombre cualquiera, seguramente corto y sencillo, que contenía la alegría y la lealtad de un cachorro de poodle o un labrador de pocos meses. Tal vez Toby, Mancha o Colita; el nombre yacía envuelto y desecho en el puño sanguinolento de la mujer que, como una sombra, pasó a mi lado. “Sí”, pensé. Cualquiera de esos perritos tiene una alegría demasiado insultante para una oscuridad como aquella.

## | La hora del monje

Raspútín inclinó el rostro y con el solo poder de su pensamiento dejó caer un vellón negro de su espesa cabellera (“hirsuta” hubiera escrito el cronista de rigor). Esto, claro, llamó la atención de la corte que en ese momento permanecía en un dulce y extenuado silencio, la mayoría recostados en sillones y butacas para reponerse de los cansancios de la orgía que acababa de finalizar. Raspútín miró fijo y el largo vellón negro quedó a medio camino, suspendido en el aire. Alzó un ojo –un solo ojo delicuescente y lujurioso– y observó a los alelados: la comisura de sus labios se arqueó levemente y la barba entera le vibró de alegría.

Alzó la mano, atrapó el vellón y a punto estuvo de devolverlo a la cabeza con el resto de la pelambrera –Raspútín no tenía un pelo de tonto y sabía mejor que nadie que el poder de un truco reside en su brevedad– cuando la condesa Xenia Alexandrovna lanzó un agudo chillido de ardilla, similar a los que la habían hecho célebre en los aquelarres más encendidos, pero en este caso sin una gota de placer o alegría. El fulgor azulado de un cuchillo grueso como un cuerno brilló en la penumbra con un finísimo tintineo: el monje arqueó la espalda hacia adelante y giró sobre sí mismo justo a tiempo para capturar la



muñeca del ingrato príncipe Yusúpov, un boyardo tenaz y envidioso que acostumbraba a participar de los excesos palaciegos que promovía el inmenso Grigori Yefímovich, quien apretó con sus callos campesinos la fina piel del traidor obligándolo a soltar el maligno puñal, que cayó con un eco metálico y seco, justo una milésima de segundo antes de que el vellón, en un movimiento contrario a la energía que lo sostenía, le ocultara la mitad de la cara y perdiéramos así, indefectiblemente y por los azares y rigores de las leyes terrestres, el último prodigio del gran ominoso que, invadido por un arrebató de furia, exclamó:

–¡Nadie puede matarme si yo no quiero!

Alzó los brazos frente al boyardo que yacía enroscado sobre sí mismo y aspiró con fuerza el dulce éxtasis de la victoria. Allí, en ese instante en que nos miró a todos para confirmar la hipnosis de su poder, nació el germen de su derrota. Había confundido los ímpetus físicos de la superioridad con los dulces calambres del proceso narcótico que ya comenzaba a recorrerle las piernas y a enmarañarle la mente. Cuando descubrió la anomalía no sólo supo que era causada por una generosa dosis de cianuro sino que, además, ya era tarde: de pie y con un pulso firme que desmentía la debilidad de su estirpe, Yusúpov –enardecido por Vladímir Purishkévich y por el gran duque Dimitri Pávlovich– le vació el cargador de la pistola en la espalda.

El monje se desmadejó como un muñeco y, furioso consigo mismo, comenzó a reptar por el suelo jaspeado del frío Palacio de Moika. Comenzaba así, en aquella noche invernal del inicio del verano de 1916, otra pérdida más en la larga historia de la vieja Rusia. Pese a que el asesino continuó apretando el gatillo aún sin balas y pese a que lo hizo mirando fijamente una cruz de plata que descansaba sobre un botiquín de mármol y madera tallada, Raspútín igual pudo adivinar en sus ojos la misma emoción que había captado en los otros nobles que asistían sin decir palabra a su vil asesinato: tras la ardiente decisión por terminar de una vez por todas con su vida relampagueaba la llama de un miedo infantil e inconfesable que no hacía más que aumentar la calidad de su hombría y el poder de su resistencia. Quiso girarse, voltear la cara y gritarnos a todos que éramos unos cobardes. Increíblemente no lo hizo porque no vio lo que esperaba. Con esa franqueza descomunal que usaba tanto para sí mismo como para los demás, tuvo que reconocer que, por última vez, estaba equivocado. Su portentoso olfato aguzado por la agonía se lo había adelantado un momento antes cuando, electrificando el aire, sintió las hormonas bullendo por la atracción del espectáculo. Las miradas de miedo y repugnancia de condesas y baronesas que se tapaban la boca con horror –los pechos subiendo y bajando al compás del tambor que tenían

bajo sus senos y gargantas— escondían, incluso para ellas mismas, la violencia de un deseo tan vibrante y vehemente que las pupilas aparecían brillosas, los labios húmedos, las mejillas enrojecidas y las vulvas engrosadas con un ardor tal que hacía difícil poder mantenerse en pie. En ese instante Raspútin descubrió, no sin un resto de desilusión, una nueva y contundente verdad: que todas las jineteadas sobre aquellos traseros voluminosos y cerriles y todas las vejaciones provocadas sobre aquellas caras bonitas de labios tiernos y falsos no habían significado más que el resto de las humillaciones infringidas por él a príncipes y nobles; en ningún momento había habido dominación sino todo lo contrario: había constituido para ellas, y también para ellos, una pasajera diversión basada en el placer del dolor y de un sometimiento que hoy, descubría amargamente, llegaba a su fin. Todavía pudo enterarse de algo más: que ese goce aumentaba hasta el infinito frente al espectáculo de la muerte que, bien lo sabía el monje, suele provocar las mejores erecciones y los orgasmos más intensos.

—Malditos sean...

Quiso enrostrarles sus vidas vacías, tiranizadas por las inclinaciones más elementales, la peor de ellas, la novelería, que encarnaba un mundo condenado a desaparecer pero no dijo nada porque un instinto más profundo lo obligó a ahorrar energías. Fiel como siempre al imán

de la vida comenzó a arrastrarse por el suelo jaspeado, rumbo a los hielos y a las turbulentas aguas del río Neva, dejando tras de sí la estela oscura y pringosa de su sangre espesa, que quedaría grabada para siempre en la mente de aquellos nobles tan frívolos como temerosos y en el corazón y sobre todo en el sexo de aquellas mujeres tan conmovionadas como insólitamente enardecidas.

## **Nota de los cuentos.**

Algunos de estos textos surgieron a partir de un cuadro o una imagen. “Tres jotas en la Ciudad Jaguar” fue escrito a partir de una fotografía de las ruinas mayas del fotógrafo mexicano Javier Hinojosa y está incluido en el libro “En otras palabras: Sacbé. Camino blanco”, (MAPI, Montevideo, 2017). “El pie que emerge en la penumbra” a partir del cuadro “Dormitorios” de Lacy Duarte, “A campo abierto” fue escrito a partir del óleo “Caminata” de la misma pintora uruguaya. Una cuna importante” también tiene que ver con una obra suya, una monocopia sobre papel sin título. Finalmente “Dama con sombrilla” fue escrito a partir de una fotografía digital de Pablo Bielli, intervenida por él mismo y expuesta en el Museo Nacional de Artes Visuales, titulada “Ana de retorno”.

# ÍNDICE

El grito

La vida amorosa de Telonius Monk

El diente de la abuela

Cápsula

La batalla

Cerca del cerro Cementerio

El tigre y su momento

El pie que emerge en la penumbra

A campo abierto

Un molusco en el árbol

Una cuna importante

Las trampas del sí mismo

Instante

Reloj de arena

En bajada

Una historia de amor

Empujón brutal

Tres jotas en la Ciudad Jaguar

La monstruosidad

Desembarco

Salida de baño

Dama con sombrilla

La hora del monje